

LA TIERRAMENTA DE CRESPO

“Toda escritura nace de una herida que nunca cicatriza porque su abertura es la posibilidad de la escritura” (Eduardo Milán).

Este libro de Luis Alberto Crespo contiene de algún modo todos sus libros anteriores, vale decir, toda la tierra habitada y recorrida por su poesía. En honor a la verdad, estas páginas abarcan una extensa (pero también intensa) “tierramenta”. Entre otras razones, por esa circunstancia muy particular, podemos decir que su título le calza con la exactitud de la letra y del espíritu.

Sabemos que coloquialmente “tierramenta” es algo mucho más (y mucho mejor) que un latifundio, porque si bien es inalcanzable como éste, no posee nunca un solo dueño. Es de todos, por ser tierra de nadie. Es tierra que se nos mete por los ojos y que no invadimos jamás porque es ella la que nos invade.

“La tierramenta” es la íntima vastedad de un paisaje mítico, el alargado horizonte de sequía, la yerma infinitud de un lugar sagrado o el perfecto laberinto sin muros de aquel rey árabe de Borges que supo deconstruir la intrincada geometría de Dédalo. Es el gran personaje de una poesía que celebra en su memoria la singular presencia de los lugares ausentes.

“Tierramenta” puede ser también la tierra que nombra o la tierra que nos nombra. Podría ser, además, la tierra imaginada y mentada por la poesía. Estamos seguros sí de que es la *tierra baldía*, pero también la *tierra de gracia*. Es la *tierra seca*, pero también la *tierra prometida*. Es la *tierra firme* porque es la pachamama o la *madre tierra*. Es la tierra que nos da la vida, pero también la que nos tragará un día (que nos trague la tierra sin *mentimos* en esto de la *tierramenta*), sedientos de ella, como sedienta es ella si el verano es dilatado. Por cierto, pocas veces la fidelidad a una imagen primera ha sido tan indeleble, fecunda y pertinaz como en esta poesía que en los sesenta comenzó

escribiendo un joven veinteañero que acababa de salir del tiempo de las insolaciones y de los arenales. .

“No es posible clamar en el mar, pero es posible reclamar en el desierto”, escribió Eduardo Milán en un estupendo libro de reflexiones sobre poesía y poética titulado “Resistir”. La frase la usó para explicar el estado de escucha que tiene quien reclama en medio de la aridez, sin temerle al humor de las palabras o al primigenio resplandor de los sentidos. Al leerlas recordé a José Angel Valente y el inicio premonitorio de toda su obra: “Cruzo un desierto y su secreta desolación sin nombre” y, sobre todo, la poesía de Luis Alberto Crespo, una de las pocas que en Venezuela ha emprendido con tenacidad enamorada un viaje hacia ese origen del que habla Milán y que está más allá del nacimiento: un viaje hacia el *final*, que es, en rigor, el *principio*.

En su desierto de Carora o de Caracas, Crespo sigue errando. No hay mejor metáfora que la de la errancia cuando se trata de trazar el curso de un destino. Ese es su laberinto, convertido en libro o en un espacio donde la incandescencia de la palabra da albergue a la *tierra* y al *destierro*, a la luz y a la sombra, al mismo tiempo. En él conviven, silencio y elocuencia, murmullos y mudeces. Es un desierto que deserta de la ingrimitud y procura el diálogo con los seres que se fueron quedando atrás, en los armarios, en las laderas, en la cuesta de los cardones, o para ser más precisos, en Pie de Cuesta, simplemente.

*“Habla con penuria,
cuida con pobreza tus palabras,*

*no te asemejes,
no te atribuyas lo que es,
lo que vive por sus nombres,*

*enciérrate en lo callado
para que haya más sombra,*

*aprende la lengua de su boca sellada
y di como el silencio*

no sé”.

Decir como el silencio. He allí una poética más ardua que el paisaje que intenta designar y que en este caso alcanza una riqueza milagrosamente labrada en la escasez. Desde la carencia van llegando a ella los lugares con sus nombres de árbol, las casas que se agrietan, las ventanas que acercan las lejanías, los retratos que acompañan la noche (el poeta permanece con su abuela en uno de ellos, “su origen es de Jebe Tuerto”), en fin, la tierramenta donde hay todavía nuevos poemas anudados esperando por Beto Crespo:

“Desata los nudos de tu escritura,

*los cerrojos de las sílabas
te darán elocuencia,*

*las vocales y sus llaves perdidas
te traerán a casa.*

memoriza los sinónimos de la hendidura,

*di finalmente pluma
y escapa”.*

Tierramenta, como hemos dicho, contiene el imaginario de Luis Alberto Crespo a plenitud. Pero si bien acá están sus otros libros, éste es distinto. Es el mismo de siempre, pero también es el otro, también de siempre. Nombra de nuevo su paisaje y renombrar es dar otra vida porque todo nombre germina. Los viejos parajes, los fantasmas, las alcobas, los retratos y las tórtolas nacieron otra vez en las páginas sin límites de *Tierramenta*. Pero no están solos. Ahora están algunos amigos y unos libros. Viejos poetas y pintores deambulan por este resplandor. En sus páginas Novalis,

René Char y Paul Celan conversan larga y secretamente con Virgilio, mientras el poeta Acevedo hace de baquiano y nos dice: “Ese camino es familia mía”. Y está también el poeta dejándose llevar por la confianza, como nunca antes lo había hecho en libro alguno. Así lo siento en el poema “Mudanza”:

*“Mi amada improvisa una casa.
La pone a mirar una montaña
me incita a que la habitemos
con Sebastián y Ezequiel
y un gato sobre un mueble.*

*Yo traigo libros,
demasiados libros,
ella sus ojos plenos
como una copa.*

(...)

*Ambos escribimos,
ella sobre la vanidad de los otros
y yo sobre la mía.”*

Este libro es una tierramenta porque está lleno de arideces floridas y de desiertos habitados, no sólo de tierras cuarteadas y muertas de sed. Está poblado de lecturas y de viento fresco, no sólo de polvo. *La tierramenta* es esta vez un reino de la legibilidad. En él leen el cielo y la tierra y se leen las tunas y los cuartos. Se leen los mapas de Carora y de los llanos. Se lee un libro completo de la geografía universal de Luis Alberto. Se leen los retratos de toda la vida, su legendaria persistencia. Se lee el país cuando piafa como caballo herido en los augurios (“Augur”). Se leen los libros anteriores del poeta como si se leyeran por vez primera y se lee inacabablemente el solitario momento de leer. Leen en él los dioses del lugar y leo yo, perplejo, porque la imagen inaugural permanece insondable en mi retina.

(Luis Alberto Crespo, con la conciencia del poeta que sabe preservar el rigor de la palabra en medio de un fuego abrasador y por encima de los credos que pueden acosarnos (nos acosan, y mucho), le ha dado al país una literatura que nos cohesionan. Digo "literatura" porque digo crónica y poesía, periodismo y poesía, vida cotidiana y poesía.

A todos nos ha dado Luis Alberto morada en sus libros. Y en su amistad, que ya es decir).

***Enseguida vuelvo,
voy a envejecer en ese cuarto.***

Freddy Castillo Castellanos
Caracas, 7 de febrero, 2010.